

tre de muchas fichas espigadas en la Enciclopedia Británica y capaces de arruinar la mejor página, en el supuesto de que allí exista tal especie): el vasto surtido abarca menciones, a veces directas, de Bergman, Brueghel, Carpentier, Elio Petri, Shakespeare, un célebre ábside siciliano, la descripción de *Caminos euclidianos* de Magritte, etc., etc., etc. Veamos uno de estos etcéteras: “el porqué se abalanzaba tras esa soberbia cuyos pies parecían asentarse en los muros de Ilión, mientras en su mirada asomaba el reflejo de la traición de Elena”. Algunas de tales alusiones están bien traídas, pues el autor tiende a veces a manejar con gracia los lugares comunes (“terminamos en una borrachera de tuerca y tornillo”), pero casi siempre se destacan por el afán del descreste en toda la línea.

Perozzo malbarata ideas estupendas: aquello de la presentadora de televisión que ve a través de la pantalla a un voluptuoso admirador anónimo, o del boxeador que mientras ve la videocasete de su mejor encuentro es noqueado por un *round* perdido en un repliegue del tiempo, ofrecían perspectivas inéditas y mucha tela para cortar. Pero la (buena) literatura está hecha de palabras: las buenas intenciones no sirven más que para adoquinar el infierno.

El juicio del crítico Lew Hetch sobre la obra de Barney Hunter (*Hollyblood*) parece hecho sobre medida para *Ahí te dejo esas flores*, sobre todo en lo tocante al erotismo, “positivo y sin asomo de sensualidad”. Y aquí se pierde también una preciosa posibilidad. A fin de poner de manifiesto la enajenación que la tecnología ejerce sobre el hombre de hoy, Carlos Perozzo invierte los términos: trata a sus personajes como a cosas y personifica los objetos: “Las altas madrugadas lo agarraban [al agente] desvelado pensando en su piel reluciente, en sus magníficas formas” (el insomnio lo produce no una mujer sino una pistola *Parabellum*). Pero tal inversión se malogra. El episodio del mecánico desnudo que en *Motonimia* hace el amor con su moto es tan inverosímil que da grima; la evocación, por parte de su esposa, de la

fisiología del trato carnal, hace del amor un mero intercambio de secreciones. El episodio venéreo del televidente con la pantalla en *Teléfesa* es torpe a más no poder. Lo mejor del erotismo —aun del erotismo literario— se realiza a media luz. Lo demás son *graffitti* de mingitorio.

Motonimia se deriva obviamente de *metonimia*. ¿Y *Teléfesa*? ¿Qué tiene que ver la mítica madre de la princesa Europa con la historia de la animadora-estrella de la televisión? Lo único que parece haber en común es el prefijo *tele*. La nota de pie de página prodiga tantos embrollos como las glosas mitológicas con que Trimalción obsequiaba a sus invitados. ¿Hemos de suscribir la opinión de la protagonista de *Consultorio sentimental*: “no había esa coherencia y esa seducción que uno nota en los escritores de verdad”?

Como para confirmar el proverbial premio de consolación acuñado por Plinio el Joven (“No hay libro tan malo”, etc.), relumbra de cuando en cuando un acierto fugaz: “Un día cualquiera llegó un forastero trayendo como único equipaje una caja negra que los curiosos habitantes del lugar confundieron con el estuche de un instrumento musical”: una máquina de escribir, que —si quien se sienta frente a ella es un virtuoso— puede convertirse en máquina de cantar. O el dibujo, irisado en matices, de las manos del encargado de la estación de gasolina, “manos enormes que parecían diseñadas por un hábil maestro pero esculpidas por un discípulo un poco torpe aún”. O el pasaje de la página 77 en que el protagonista, perturbado por uno ojos de suplicante, se siente impulsado a entregar a las llamas del fuego sagrado que anida en aquel cuerpo de mujer joven las moradas de Dios en todas las religiones de los hombres.

Un aprendiz de escritor se diferencia de sus homólogos de las demás artes en que, sin concederle importancia al pudor, hace públicas las etapas de su maduración. Toda iniciación a los misterios es, o debería ser, secreta. No basta el talento: los ardidés del oficio son un don del almanaque y la testarudez.

“Un asunto (la alienación por la tecnolatría del hombre del siglo XX) que sin duda se aparta de los esquemas del cuento tradicional, escrito con una destreza que le permite al autor remontar la simple anécdota, con una capacidad de síntesis que, sin embargo, no deja de lado lo amargo y lo irónico, en un ámbito donde” blablablá, blablablá, proclama, en la parte posterior de la cubierta, con bombo y platillos —y excelente prosa— el pregón de editor. *Lástima grande que no sea verdad tanta belleza.*

HUMBERTO BARRERA ORREGO

Guayaco, ¿arrabal de París?

Hojas de papel

Manuel Mejía Vallejo

Ediciones Universidad Nacional, Bogotá, 1985, 172 págs.

Con todo puede el papel: desde una pajarita origami hasta el airoso avión del escolar, una sanguina de Durero, un poema de san Juan de la Cruz, una lista de mercado, las digresiones de un escritor, máscaras de carnaval. *Hojas de papel* se titula, precisamente, un volumen de veintidós ensayos de Manuel Mejía Vallejo que recoge escritos desperdigados en diferentes publicaciones y fechas.

Se trata del primero de una serie de doce libros que integran una canastilla (¿la número uno?) que la Universidad Nacional de Colombia ha editado bajo el membrete de Colección Popular. Hay de todo como en botica. Un análisis del papel subalterno de la mujer en los *mass media*. Una introducción a la astronomía. Un estudio sobre la isla de San Andrés. Un tratado muy serio sobre el álgebra en el Renacimiento, con título de poema de Álvaro Mutis. Crónicas. Relatos. El común denominador parece ser la ausencia de esa figura imprescindible en la industria editorial, el corrector de pruebas. Pululan los errores ortográficos, la puntuación irregular, las omisio-

nes, las reiteraciones, las distorsiones, las tildes anacrónicas, la carencia total de diéresis, signos de admiración o interrogación que se cierran sin haberse abierto... Un amplio repertorio de disparates como para poner a prueba la paciencia de cualquier lector. Para no hablar de los nervios del autor.

Hojas de papel forma parte del homenaje que la Universidad Nacional le ha ofrecido a Mejía Vallejo para conmemorar ocho lustros de vida literaria. Un Medellín ya desaparecido de fachadas republicanas, tertulias de escritores de bigote y borsalino rodeados de aguardiente, niebla de tabaco y puticas enamoradas; bares de candilejas coloradas a la deriva en la noche, como buques espectrales, por entre juergas de padre y señor mío y episodios de melodrama o crónica roja —esa zona tórrida evocada con *saudade* y excelente pluma por Juan José Hoyos en *La última muerte de Guayaquil*—, todo ello desfila implícita o explícitamente por estas hojas de papel. Que se hallan muy cerca de la excelencia en *La Vieja Antioquia*, inmersión en busca de las raíces del ser antioqueño (el artículo se inicia al amanecer del Descubrimiento y concluye en los recuerdos envejecidos de los abuelos, cubiertos por el polvo de la babel de cemento que trepa hacia las nubes); en *La ciudad en fuga*, cuyo comienzo empata con el punto final de la *Vieja Antioquia* y que registra demoliciones, ensanches y nuevas fundaciones; y en *Don Benigno y nuestra identidad*, muestrario de las heridas irreparables y el sonambulismo que entraña la amnesia cultural, y un pionero en eso de la valoración de lo propio, el sonsonero don Benigno A. Gutiérrez.

Convocador de sombras en un crepúsculo sombrío, Mejía Vallejo ofrece en sus ensayos pensamientos que son fruto de una rumia concienzuda. Sobre la semana santa: “era en realidad una fiesta hermosa por el hondo teatro que llevaba, donde el dolor hacía de protagonista. Y el ritual solemne y el sentido religioso de una magnificencia más alta que nuestros propios sentidos”. Sobre los

escritores costumbristas: “en una forma u otra de allí venimos todos, frecuentemente sin llegar a superarlos”. Sobre las verdades en salsa de formol: “solamente los bobos y fanáticos tienen verdades definitivas, y de ellas se aferran como de una ubre porque los amamanta su carencia de imaginación”. Define de mano maestra la modestia consustancial del poeta Hernando Rivera Jaramillo: “Quería ser nadie, borrarse un poco para morir menos a la hora de morir”.

Bajo el postulado sensiblero de que “querer, pero querer a fondo, es una categoría estética” (“querer los trenes y los tractores*****”) es una buena condición humana, una especie de servicio obligatorio de la conducta”), contiene también una serie de formulaciones inadmisibles por enfáticas o por apoyarse en sofismas. Dice, por ejemplo, que la poesía es “esa otra forma de la respiración”. A pesar de las reservas del *en cierta manera*, nos cuesta trabajo aceptar que “toda novela es un chisme largo”, acaso por la acepción peyorativa del vocablo *chisme*. Sostiene que “lo clásico tiene el poderío de ser intemporal, así esté inscrito en una época y un espacio determinados”, pero después de Borges sabemos que lo clásico es relativo, es decir, sujeto a las veleidades de la historia y la geografía. “La vida siempre ha sabido más que la filosofía”, generaliza la pág. 61, y uno se pregunta qué sentido tienen en el contexto *filosofía, vida o saber más*. Es cierto que abundan sistemas filosóficos que, como las hermanastras de la Cenicienta, intentan acomodar lo real por las malas entre moldes primorosamente elaborados, pero tales sistemas no son la filosofía.

En innumerables pasajes proliferan larguísimas listas de nombres, *silencios llenos de “sabitud”*, polisíndeton en demasía, adjetivación de floripondio, enumeraciones altisonantes (“otro rincón de la tierra donde crecen árboles con permiso del aire, donde el viento quiere defender todavía su vocación de altura”), exuberancias de cucurbitácea (“escritor, un oficio más entre tantos

oficios, [...] como sobar la cabeza del hijo soñoliento. Como llorar”), almíbares de epistolario sentimental (“el verso untaba el labio de fiebre y temblor en ausencias de luna”), prodigiosa profusión de anécdotas, vengan o no a cuento. Ante algunos ensayos (*Barba Jacob, Carta a un escritor joven, Liderazgo de la nostalgia*) uno tiene la no muy grata impresión de sorprender las expansiones querendonas de un beodo pasmado con los primeros gallos. Con la última página puede quedar, en palabras de Louis Pauwels, “un poco de calor, pero ninguna luz”.

No hace mucho decía un intelectual de cafetín que “no me gusta la escritura de Mejía Vallejo, por provinciano”. Ignoro si *provinciano* significa aquí habitante de la provincia o escritor sobre la provincia. Ninguna de tales opciones justifica ese parecer, pero la segunda menos aún, pues todo buen escritor —de Homero a Cervantes y García Márquez— logra instaurar lo universal entre las cuatro esquinas de su terruño, llámese Liliput o Macondo. Ciertas deficiencias —cosmopolitismo a ultranza o chauvinismo parroquial— no son achacables al lugar de nacimiento de un autor.

HUMBERTO BARRERA ORREGO

Para llevar a una isla desierta

Antología de lecturas amenas

Darío Jaramillo Agudelo

Editorial La Rosa, Bogotá, 1986, 141 págs.

Los devoradores de libros, tarde o temprano, se enferman de un mal gravísimo: el prejuicio. Son personas que no podrán jamás recobrar la cándida inocencia del que lee el nombre de un autor en la portada de un libro como si fuera el de cualquier desconocido encontrado por error en el directorio telefónico. Dichosos aquellos que al ver *Fernández de Moratín* no sienten la punzada del aburrimiento, o al percibir *Raymond Queneau* no tienen la premonición